

## LA REVOLTOSA

de los Castro López, que tanto placía a su espíritu, habíase acelerado. Como una sombra, se deslizó por los corredores hasta su departamento y, sin encender la luz, se sentó en el sillón. La densa obscuridad de la habitación se fué desvaneciendo poco a poco, y bien pronto una violácea claridad lo rodeó, dejándole ver algunos muebles y un pedazo de la biblioteca.

Desde la sala, llegábale a intervalos una música lenta y voluptuosa. A veces el eco de la música cesaba, hundiéndose en la noche, y una voz fresca borbotaba, quebrándose en una cascada de risas.

Luego fué un nervioso taconear en el patio y una carrera alocada a través de las habitaciones, con un fru-frú de sedas que se adivinaba en el aire.

Y luego, largos vacíos de silencio. Apenas un canto de grillos, en lo hondo del jardín, o el ruido de algún tranvía lejano.

Don Carlos permanecía sin moverse. Una vaga inquietud y el temor de que pudiera acabarse el reposo protector de la casa, lo preocupaban. Ni el matrimonio de los Castro López, ni sus dos ancianas sobrinas, Laura y Berta, lo importunaron nunca. Ya conocían su carácter y lo dejaban vivir a su gusto su soledad. Y entre menesteres religiosos y coser ropa para los pobres se les pasaban las horas, quietas, monótonas, impregnadas de un silencio meditativo.

Y ahora, aquellas músicas en la noche y aquella risa provocativa que se le había quedado obstinadamente en los oídos...

De pronto se asustó. Tras una menuda carrera en punta de pies, alguien venía flechado a su pieza.

—¡Bárbara, ven aquí! Odiosa... ¡Te digo que vengas aquí, Bárbara!

Sin darle tiempo a nada, la puerta se abrió de par en par, y una muchacha risueña entró persiguiendo a Bárbara, la gata.

El incivil animalito, con los bigotes de punta y una llamada en los ojos poco tranquilizadora, embistió contra un montón de libros que había sobre la mesa, y dando un soberano bufido, se abalanzó hacia la cornisa de la biblioteca, quedando allá arriba, con el lomo arqueado, como una silueta espeluznante.

Don Carlos se puso estoicamente a recoger los libros esparcidos por el suelo, algunos de ellos con las hojas rotas, mientras la chica, sin hacerle caso, taconaba con fuerza el piso, en una súplica poco suave a la fugitiva.